

# Elvira Travesí y la Intuición Creadora

476

8/11/58

por Sebastián Salazar Bondy

En la interpretación teatral no todo es escuela y conocimiento adquirido. Aunque éstos son generalmente necesarios y hasta indispensables, hay artistas que no requieren de ellos, que poseen un "fuego sagrado" que les permite reemplazar con la pura intuición lo que en la mayoría es sabiduría adquirida o formación académica. La vieja jerga del teatro, además, reconoce actores y actrices que, sin mayor esfuerzo, pasan las **candilejas**, con lo cual se quiere significar que existen comediantes cuya personalidad posee una fuerza que alcanza por sí al espectador y lo conquista. Claro está que si uno de esos privilegiados artistas sabe enriquecer su espíritu en la más amplia cultura, el resultado es extraordinario. Pero basta decir que a tales iluminados —pues son, ante todo, eso— les es suficiente su personalidad sin auxilios, libre.

Todo esto está dicho a propósito de una actriz nacional: Elvira Travesí, a quien el cronista acaba de ver y admirar en "La casa de los siete balcones" de Alejandro Casona. No es, por cierto, la primera vez que quien firma esta nota ha apreciado las espontáneas y excepcionales cualidades escénicas de la Travesí, pues ha tenido el privilegio de que tres personajes de su hechura sean estrenados por ella. El presente elogio quiere ser como el resumen de una creciente estimación. Hay en esta actriz un poder creador que aún ella misma desconoce en toda su magnitud y alcance. Se trata, como se ha dicho arriba, de una disposición inconsciente, que obedece más a una vocación profunda que al ejercicio del arte mismo. Barrault decía, a propósito del llamado dramático en

su persona, que de no haber existido el teatro antes de él, él lo hubiera inventado. Se puede repetir esto con respecto a todo actor y actriz de índole intuitiva, y se puede repetir, por ello, de Elvira Travesí. No es —y esto conviene advertirlo— una facilidad imitativa, histrí-



Elvira Travesí

nica, pues gente con tal atributo abunda no sólo en los tablados sino aún en la vida cotidiana. Por el contrario, más que facilidad para gesticular o moverse, el arte se expresa, en los seres nacidos para el teatro, en una majestad total, en un señorío, para el cual la estética no ha encontrado todavía el nombre exclusivo.

"La casa de los siete balcones" como casi toda la obra de Casona es una pieza construida más con oficio que con talento. El asunto es entretenido y gusta, pese a los lugares comunes con que está hecha y a las concesiones al interés de éxito inmediato de que adolece. Genoveva, el personaje que encarna Elvira Travesí, es, sin duda, el más complejo del drama y su fortuna, entre nosotros por lo

menos, ha radicado en que lo haga vivir una actriz tan rica de inspiración como nuestra compatriota. La prueba de cuán eficaz es la labor de la Travesí es que su presencia en la escena eleva la calidad del espectáculo automáticamente. Y no sólo la eleva —lo que sería, apenas, resultado de su porte y su valor—, sino que la varía con elementos que parecen entresacados de una gran tragedia. Hay momentos en esta representación —que el cronista recomienda al público como un legítimo fruto de arte— en que Elvira Travesí arriba a la depuración virtuosa del prodigio teatral: su primer ingreso al tablado y su primer mutis, la escena del juego con el sobrino mudo, el momento en que descubre el nombre del árbol olvidado. No es que en ellos esté puesto todo el talento que posee esta intérprete, sino que ahí da de sí algo más de lo que el espectador avisado espera del personaje y la situación.

Hacer teatro no es desplazar y hablar en un decorado y sobre determinado texto, bien lo sabe cualquiera, y por eso en el conjunto que acompaña a Elvira Travesí hay fallas notorias, las de los hombres especialmente. Pero bien puede uno aceptar estas medianías, si entre ellas, como el centro milagroso de un sistema rutinario, brilla un ser tan lleno de poesía, tan cuajado en su arte, tan distinto a todo lo que habitualmente solemos aceptar. Ese puesto de primacía estelar lo tiene Elvira Travesí, a la que ya es tiempo de procurar los medios —especialmente los económicos— para que su personalidad y su fuerza ocupen el lugar que les corresponde en nuestra cultura. Con esas frases, el cronista los reclama.